

TOMAS ESTRADA PALMA

Por Eduardo F. Lores.

Su honradez en la Presidencia de la Republica.-

Su vida cuando dejó de ser Presidente.

Ultimos años y muerte en La Punta

Don Tomás Patriota

Don Tomás Patriota.- No soy yo el llamado a iluminar esta bella cualidad de su vida. Desde este aspecto su historia limpia y refulgente es bien conocida de todos los hombres justos y hon-

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

rados. Me limitaré tan solo a relatar a grandes rasgos algunos episodios de su vida, durante su Presidencia y después de su renuncia.

Los gastos secretos se devolvían íntegramente y los destinados a la Casa presidencial se reintegraban en gran parte al tesoro, porque allí, en Palacio, se vivía modestamente, sencillamente, cual cuadraba a una República barata.

La Presidenta, supervisaba los gastos, zurcía la ropa y se ocupaba de los quehaceres domésticos con la misma dedicación que lo hacía en Central Valley.

Lo que ahorra Don Tomás de su sueldo mensual lo invertía; primero, en cubrir sus compromisos del extranjero y luego, en levantar su finca 'La Punta' próxima a Guamo. Su deuda del extranjero nació de la necesidad de cerrar su Colegio, su única fuente de ingreso, para poder atender a los intereses de la revolución en su calidad de Delegado. Mientras fue Delegado en los Estados Unidos administró con escrupulosidad los fondos de la revolución. Acerca de este particular me contaba Mr. Bruff, que fue Administrador de La Union Metallic Cartridge Co., que una vez quiso regalarle a Josey, José Mamel, su hijo una bicicleta y que Don Tomás se negó; pues podían pensar que había sido adquirida con fondos de la revolución.

Al cesar como Presidente se vió forzado a hipotecar su casa-colegio de Central Valley, operación que realizó teniendo como hipotecario al Sr. Zaldo, Carlos creo que es su nombre, el que gentilmente le ofreció en préstamo diez mil pesos, que Don Tomás se negó a aceptar si no le admitía la garantía del inmueble.

Al morir Don Tomás, el Sr. Zaldo levantó la hipoteca y le devolvió

volvíó la casa a la viuda, 'Que' cubano tan noble y generoso y consecuente amigo, el Sr. Zaldo. Siento en el fondo de mi alma gran veneración por ese magnífico ejemplar de la extinta nobleza cubana.

Cuando bajaba las escaleras de Palacio para salir para Matanzas sólo le acompañábamos, el General Freire Andrade, el Dr. ^{Jorge Alfaro} Guillermo Belt y dos o tres más que no recuerdo. *sus nombres.*

En Matanzas le preparó alojamiento su consecuente, leal y noble amigo, el bravo General Pedro Betancourt, uno de los pocos grandes de la Patria.

Lo fuí a ver allí y me lo encontré, si bien triste, con ánimo entero, con el perdón en los labios y con fé en los destinos de Cuba. Me confesó que sólo había sacado de Palacio unos mil cuatrocientos pesos, mínima caudalaque se iba mermando con alarma para él al verse obligado a obsequiar con comidas unas veces y otras con champagne y demás bebidas costosas a los pocos amigos fieles que lo iban a visitar. "Se figuran que tengo dinero" y, como no quiero confesarles mi situación, pienso irme cuanto antes para "La Punta".

Allá me fuíyo a visitarlo y a darme cuenta por mis propios ojos de su estado de salud y de las comodidades de que disfrutaba. A mi paso por Manzanillo me encontré con ^{un} médico del Ejército Americano, que había estado en la finca; y al preguntarle por la salud de Don Tomás, me contestó: " Es un completo colapso, y no veo como puede reponerse. No tiene dientes y su alimentación es deficiente e impropia para un hombre de su edad. Consiste en carne de res salada y curada al sol, por no tener , aves, harinas de cereales u otros alimentos apropiados. Además la plaga de mosquitos y jejenes es insoportable".

Le manifesté mi propósito de sacarlo de allí, contestándome, el citado médico, que creía era ya tarde. Con esa penosa impresión llegué a

'La Punta' navegando por el río Cauto. No me había engañado, mi informante: de mi querido maestro sólo quedaban enteros el espíritu y el cerebro; aquella gran figura era no más que una apariencia, aquel venerable patricio entraba en el no ser sin rencores para nadie; pero llena el alma de amarguras.

Su casa estaba situada en uno de los lugares más altos de la finca; pero, no obstante, se formaba mucho fango en todo el batey, lo que unido a la proximidad del río Cauto hacía que el lugar fuera insalubre. Tenía las puertas y ventanas con tela metálica, lo que no impedía que penetraran en ella los jejenes. Fuera de ella era imposible soportar la plaga de éstos, de jagueyes y otras varias clases de mosquitos. Aquello resultaba un infierno, un verdadero suplicio para los que no estaban acostumbrados a esas experiencias.

Me pasé un rato con él en una especie de corredor que tenía fuera de la vivienda. Al notar una vez que perdía el equilibrio, lo convidé a sentarnos. Durante el paseo le insinué que no debía permanecer en lugar tan aislado y falto de todo, que no ignoraba que él carecía de recursos; pero que le pedía que me autorizara a gestionar con Mr. Charles Magoon por conducto del Capitán del Ejército Americano A.J. Dougherty, que era un buen amigo mío y me había brindado su cooperación, que lo proveyese de los recursos necesarios para vivir fuera de aquel ambiente en que peligraba su existencia y hacía insoportable la vida de él y la de su familia. Se detuvo, me miró y me respondió con energía: "De esa gente (se refería a los interventores) no quiero nada, nada; aquí, aquí, me muero yo". Al mismo tiempo que me hablaba en esa forma se pasaba, sin tocarse, unamano sobre la otra, que era costumbre en él cada vez que quería dar firmeza a una negativa. Que ejemplo tan hermoso, tan bello, el de ese cubano prototipo del civismo, del honor y de la dignidad de

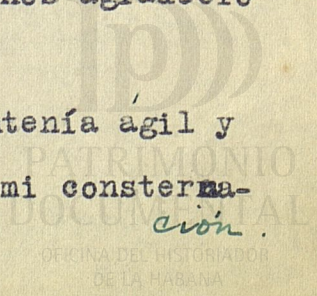
su raza. /

Nuestra conversación recayó sobre el Mayor General Mario Menocal por quien sentía vivas simpatías y se lamentaba que patrocinara las peleas de gallos. " Parece mentira, me dijo, que el General Menocal sea partidario de ese juego".

Cuando le repliqué, que si no quería aceptar nada de Mr. Magonn, que él, Don Tomás, contaba con muy buenos amigos que tendrían a mucho gusto y honor en servirlo y ayudarlo para disfrutar en otra parte de una vida más cómoda, me contestó, con acento convencido y con tristeza: "mis amigos son los hombres modestos de Cuba", frase que ya había vertido en otra ocasión.

A mi regreso a Santiago de Cuba me entrevisté con el Capitán (hoy Coronel) A.J. Dougherty, que era el Supervisor, como antes digo, de Oriente y le expliqué la situación precaria en que se encontraba Don Tomás y que era necesario sacarlo de su finca enseguida para ver de salvarle la vida. Aquel noble americano, honra de ese gran pueblo y de su valiente Ejército, me contestó sin titubear entregándome el cheque de su sueldo, su único capital, que acababa de recibir al cual uní el mío con deleite de mi alma. Con ellos me fuí a ver al Señor Calás que era primo de Don Tomás (la Señora del Teniente Coronel Veterinario, Federcio Cagigal, es hija de dicho Sr. Calás), le enteré del mal estado de su salud y de la imperiosa necesidad de sacarlo incontinentemente de la finca. Me oyó con atención, ignoraba lo que ocurría a su primo, se negó terminantemente a aceptar nuestro modesto concurso en dinero y nos agradeció nuestra iniciativa.

Su organismo iba decayendo poco a poco, si bien mantenía ágil y fresco su cerebro. Pero ¿cual no sería mi sorpresa y mi consternación.



ción cuando dos o tres días antes de mi salida para Santa Clara, en momentos en que platicaba con él sentado yo a la vera de su casa, cambió de repente la conversación y como hablando consigo mismo dijo: 'esto se acabó, se acabó'. Me di cuenta que su cerebro empezaba a fallarle, lo que venía a ser el principio del fin. Alarmado y con el alma angustiada, puse a Pepilla en conocimiento de lo que había pasado y le comuniqué mis temores.

Abandonado de sus compatriotas murió en las Serranías de la Maestra el ilustre patricio, Carlos Manuel de Cespedes, "viendo ya desde el Turquino la tierra de promisión". Olvidado de los suyos, ya en la tierra de promisión, expiró el ilustre patriota Don Tomás Estrada Palma, después de apurar hasta el fondo el cáliz del sufrimiento y del desengaño.

Apliquemos al ínclito bayames los versos que su primo el dulce poeta, José Joaquín Palma, dedicó al Padre de la Patria.

"Honra y prez del patrio suelo,
 Condor de potente vuelo,
 Tu nombre que el orbe aclama
 Lo puede escribir la fama
 Con resplandores del cielo".

Habana Julio 7 de 1937.
 E. F. Pérez.